

Por encima de todo me siento actor. Y por esa razón me dejo llevar por el instinto como reacción primaria ante un texto teatral. Después, viene el análisis crítico, a veces frío y calculado, porque, muy a pesar mío, he terminado también vistiendo el traje, no muy deseado, de productor y empresario. Cuando, hace ya varios años, Juan Carlos Rubio me dio a leer un borrador del primer acto de su nueva obra: “100m<sup>2</sup>”, el instinto me movió a pensar que aquella pieza inconclusa sería otro gran logro teatral de este dramaturgo. Con ansias y no mucha paciencia esperé el trabajo terminado. Cuando por fin llegó a mis manos comprobé que mi instinto y, como mi adorado personaje de Juan en “Las heridas del viento”, mi “olfato” no me habían engañado. Cada línea, cada parlamento, cada página, me revelaba una vez más la destreza de este autor, del que no me cabe la menor duda pasará a la historia del teatro mundial como uno de los grandes.

Conocí por primera vez un trabajo de Juan Carlos casi por casualidad. Me encontraba en las oficinas de otro productor teatral cuando este recibió una llamada telefónica. A modo de entretenimiento, mientras el ocupado señor atendía su móvil, me puse a hojear un texto teatral que él me facilitó. El título me intrigó: “Las heridas del viento”. ¡Qué ajeno estaba yo en ese momento de todo lo que sucedería después como consecuencia de aquel acto tan trivial! Sólo les diré que un año después, el 2005, el Hispanic Theater Guild, compañía teatral de Miami, Florida, estrenaba “Las heridas del viento, en el Teatro 8, ofreciéndome la oportunidad de encarnar el papel de Juan, bajo la dirección de otro talentoso artista español, Juan Manuel Cifuentes. A las presentaciones en Miami le siguieron otras en la ciudad de Nueva York (donde tuve el honor de recibir el prestigioso premio ACE por mi interpretación de Juan, otorgado por los críticos de la ciudad) y hasta un total de cuatro viajes a España junto a mi compañero de reparto Humberto Rossenfeld para atender las docenas de peticiones para ver nuestro espectáculo. Pero el romance del Hispanic Theater Guild con Juan Carlos Rubio no se detuvo con esta obra. Después llegó “10”, “Tres”, “Arizona” y por último esta “100m<sup>2</sup>”, cuyo estreno mundial tuvo lugar aquí en Miami, aunque rebautizada “El inconveniente” (¡Ay, Juan Carlos, cómo te gustan los títulos numéricos!)

“100m<sup>2</sup>” tal y como señaló la fantástica crítica del Miami Herald “*Es una comedia viva y conmovedora que provoca risas y lágrimas*”. Pero es mucho más: una certera reflexión sobre la condición humana, con unos personajes repletos de humor y de dolor, como en la vida real, con sus alegrías y tristezas, celebraciones y pesares. La confrontación entre Lola y Sara, entre

la que sabe quien es y la que se está descubriendo, es toda una lección de dramaturgia. Qué complicado conseguir esa aparente sencillez que impregna la obra y que poco a poco nos va enamorando. Juan Carlos nos lleva de la mano a conocer esas vidas que se entrelazan en momentos cruciales, que se tocan y se determinan, que se afectan una a la otra, hasta llegar a un desenlace, a un final, que no es final, que es comienzo, que es desgarradoramente realista y a la vez un canto de homenaje al espíritu invencible del ser humano.

“100 m<sup>2</sup>” fue un tremendo éxito en Miami. Y también lo ha sido en España. Y seguro que lo seguirá siendo en todos y cada uno de los países donde se estrene. ¿La razón? El impagable mensaje que deja bien arraigado en nuestros corazones: vivir nuestras vidas, como dice Lola: “Ahora, siempre ahora...” ¿Hay acaso mejor opción?

Marcos Casanova  
Director del Teatro 8 de Miami y actor